

DURANTE una reunión mantenida por Carter con un grupo de representantes, el pasado junio, alguien preguntó al Presidente qué pasaría si, como empezaba entonces a rumorearse, Ted Kennedy se lanzaba por fin a la carrera presidencial en 1980. El georgiano replicó, sarcástico: "I'll whip his ass" (le daré unos azotes en el culo). La frase, de una vulgaridad digna de un Nixon, dio inmediatamente la vuelta al país. Cuando llegó a oídos del senador amenazado, éste se limitó a comentar, no sin cierta ironía: "Sabía que la Casa Blanca estaría detrás de mí, pero no tan cerca".

Tres meses después de soltar aquella bravata, parece que el político sureño va a tener que tragarse sus palabras. Porque lo de Kennedy esta vez va en serio. Por lo menos, de ello están más que convencidas las veintitantas organizaciones que, a lo largo y ancho del país, se dedican a hacer campaña a favor de Ted. Este, es cierto, todavía no ha dicho ni sí ni no. Pero les ha hecho una especie de guiño a sus ya impacientes seguidores, cuyo sentido éstos han sabido captar inmediatamente. La anciana Rose Kennedy, ochenta y nueve años —esta noticia era la señal convenida— ya no se opone a que Ted participe en la carrera presidencial mientras ella viva, y le ha dado incluso sus bendiciones. ¿Qué espera, pues, Ted Kennedy, ahora que tiene la luz verde familiar, para anunciar oficialmente su decisión? El senador parece querer ligar la presentación de su candidatura a un hipotético agravamiento de la economía del país. Pero esto es algo que, según los expertos consultados por Kennedy, va a ocurrir precisamente de aquí a la próxima primavera. Para entonces, la popularidad de Carter, más baja ya que la de cualquier otro Presidente americano en los treinta últimos años, habrá tocado fondo irremediablemente. Y el partido entonces se echará en sus brazos —los de Ted—, porque éste será el único capaz de salvarle de un desastre más que seguro frente a Reagan, Connally, Baker o quienquiera que resulte ser finalmente el candidato republicano.

Carter es ya lo que, en el argot político norteamericano, llaman un "lame duck". Y del "lame duck" (pato cojo) al "dead duck" (pato muerto) no hay más que un paso. Ya se encargarán de darle la puntilla los mismos que en 1976 se ocuparon de allanar el camino. Por más que aquél se empeñe en afirmar que piensa presentarse a la Convención, el 13 de agosto en Nueva York, aunque sea con el solo apoyo de la delegación georgiana.

Se busca un líder

Los medios de comunicación hacen ya tiempo que preparan el terreno. Los analistas políticos, los editorialistas no se cansan de hablar de

El retorno de un mito

JOAQUIN RABAGO

un alarmante vacío de poder. En 1976 era justo lo contrario. Tras la inmoralidad institucionalizada y el abuso de poder de la era Nixon, había que buscar para inquilino de la Casa Blanca a un hombre a ser posible a ras de pueblo. La poderosa Trilateral descubrió a Carter, un perfecto desconocido en los cenáculos de Washington, pero que daba precisamente la imagen de un político trabajador, honesto y además religioso. "No permitiré que levanten barreras entre el Presidente y vosotros", prometía Carter a quienes le escuchaban. Y también: "Tendremos un Gobierno que será tan honesto, tan recto, tan sincero, tan lleno de compasión y de amor como nuestro pueblo".

Palabras, unas y otras, que no pueden sonar más fueras al cabo de tres años de pronunciadas. ¿Cómo cuadran, en efecto, esas promesas con un gesto como el de despedir sin previo aviso ni posterior explicación a todo su Gabinete para sustituir, acto seguido, a algunos de sus miembros por otros cuyos nombres —según se rumores— le habían sido dictados por la Trilateral? ¿No prometió también, en su momento, reducir los gastos militares y las ventas de armas a otros países? ¿Y no ha ocurrido precisamente lo contrario?

La impresión que hoy produce Carter en el pueblo que lo eligió es la de un hombre cada vez más inseguro y aislado. La de un gobernante al que desprecian abiertamente sus colegas europeos como Giscard o Schmidt. Que no ha conseguido hasta ahora un solo triunfo en política exterior: los acuerdos de Camp David sólo le han atraído la hostilidad de los países árabes, incluso los moderados y tradicionalmente fieles a Washington. El tratado sobre el canal del Panamá no ha sido todavía ratificado. Y las SALT II continúan atascadas en la Cámara. ¿Cómo podrían fiarse de Carter siquiera los dirigentes soviéticos?

Tampoco en el interior marchan para Carter mejor las cosas. Los sindicalistas, los negros —especialmente alrados, estos últimos, tras el "affaire" Young—, los hispanos (chicanos y puertorriqueños) y otros sectores marginados, se quejan de que todo lo que ha hecho hasta ahora por ellos quien tanto les prometió en 1976, ha sido invitar a comer a sus representantes para echarles alguno de sus habituales sermones morales.

Chappaquiddick: hace diez años

Frente a tan deteriorada situación, es lógico que dentro del Partido Demócrata se empezara a considerar muy seriamente una salida Kennedy. Esto se vio con claridad ya el pasado julio, al cumplirse el décimo aniversario del escándalo de Chappaquiddick, que estuvo a punto de costarle su carrera política al senador.

Curiosamente, ni la prensa más conservadora se ensañó con Ted al recordar el dramático accidente ocurrido en la noche del 1 de julio de 1969, cuando el coche en que el joven político regresaba de una fiesta en compañía de una amiga, se precipitó en las aguas de un canal en la isla de Chappaquiddick, en Massachusetts. Kennedy logró salvarse, pero no así su acompañante.

Lo que más escandalizó entonces a la opinión pública fue el hecho de que transcurrieran diez horas desde el momento del accidente hasta que el senador dio aviso a la Policía. Se llegó a hablar incluso de asesinato, hipótesis, sin embargo, luego excluida. El propio Kennedy calificaría, años después, su comportamiento de "irracional e injustificable".

Al evocar, en su décimo aniversario, el accidente, buena parte de la prensa norteamericana iba a atribuirle incluso un sentido moralizante por las consecuencias que —se dice— tuvo para el casquívano y mujerlego senador. Chappaquiddick fue, para Ted Kennedy, como el camino de Damasco para Saulo. Lejos de hundirle, "fortaleció su espíritu" (Arthur Schlesinger, Jr., biógrafo de los Kennedy) y le llevó a rehacer su vida. A partir de ese momento, un nuevo Kennedy comenzó a dedicarse con espíritu de entrega a las labores del Senado. "Es uno de los titanes de la Cámara", ha escrito, refiriéndose a él, "The Washington Post". Y el ministro de Justicia, Griffin Bell, ha elogiado públicamente su eficacia y su capacidad de trabajo. No hay pieza legislativa, dicen, a cuyo debate y elaboración no haya contribuido el senador positivamente.

Es cierto que Kennedy puede permitirse el lujo de contar con un equipo de colaboradores a cuyo lado los Hamilton Jordan y los Jody Powell (véase TRIUNFO núm. 862: "El clan de los georgianos") pare-

cen, como señalaba un colega, una panda de provincianos. A John Fitzgerald le gustaba decir: "Otros leen libros; los Kennedy traemos a casa a los autores" (1). Es algo de lo que hoy puede también con razón jactarse Teddy.

Nunca las desgracias (de los Kennedy) vienen solas

Claro está que la memoria de la gente es selectiva. Y que al resucitar el mito Kennedy, se fija sobre todo en aquello capaz de suscitar sentimientos de simpatías o de compasión, mientras prescinde de cuanto puede, de una forma u otra, enturbiar ese recuerdo. De ahí, por ejemplo, la insistencia en evocar la larga cadena de desgracias que constituye como un "leitmotiv" en la saga de esa familia irlandesa trasplantada a Massachusetts. Hay algo —ya lo han señalado los historiadores— de tragedia griega en todo ello. Algo también de sentimiento atávico y de superstición. Por eso, cuando durante un picnic reciente, le octogenaria madre de Carter comentó con mal disimulado resentimiento a propósito de una posible candidatura de Ted Kennedy: "Rezo a Dios para que no le pase nada", quienes hasta ese momento la habían escuchado con simpatía, rompieron en unánime abucheo. Hay cosas que no conviene siquiera mentar.

Y es que la fatalidad ha perseguido siempre a los Kennedy. Como al tratara así de reconciliar con los demás mortales a una familia cuya riqueza y cuyo poder hubieran resultado de otra manera casi insultantes. La cadena empezó por el primogénito de la familia, aquel Joseph P. Kennedy, en quien el viejo financiero americano-irlandés establecido en Boston y allí convertido en multimillonario gracias a los licores, el cine y los terrenos, había depositado, como padre, todas sus esperanzas. Joseph P. se mataría, en 1944, en un accidente de aviación durante una misión secreta de bombardeo.

Lo que el destino reservaba para los otros dos hermanos: John Fitzgerald, víctima un magnicidio en 1963, y Robert Francis, asesinado mientras hacía campaña electoral

(1) Citado por "Der Spiegel" (2 de julio de 1979).



Edward Kennedy, el único capaz de salvar al Partido Demócrata de un desastre seguro en 1980.

en Los Angeles, en 1968, es algo que pertenece ya a la historia y sobre lo que no es necesario extenderse. Sin embargo, tampoco iba el tercer Kennedy a librarse del zarpazo cruel de la fatalidad.

Poco después del asesinato de John, Edward Kennedy se estrella con el avión que pilotaba, y en el accidente se rompería la columna vertebral. Los médicos opinaron en un principio que jamás volvería a andar, pero a los pocos meses, Ted ya había dejado incluso el bastón. Luego vendría, no obstante, la retahíla de desgracias familiares: los problemas con las drogas y las continuas escapadas de casa de la hija; la adicción al alcohol de la esposa, Joan, sometida a todo tipo de tensiones (incluida la del parcial fracaso de su matrimonio), el cáncer de cartilago del hijo mayor, al que hubo que amputar una pierna en 1976. Y el asma crónica de otro de los hijos, que se ve obligado a dormir con frecuencia en un pulmón de acero.

Frente a todo esto, la gente que no quiere ver empañada su memoria del mito, tiende fácilmente a ol-

vidar ciertas cosas. Por ejemplo, las acusaciones de nepotismo que se le hicieron en su momento a John Fitzgerald por apoyar a su hermano Bob en su carrera hacia el Senado de Massachusetts, primero, y por nombrarle más tarde fiscal general. Como olvida el desastre de la invasión de la bahía de Cochinos, alentada por el Presidente Kennedy, mientras recuerda el hecho de que le plantase cara a Jruschov en la llamada crisis de los cohetes de 1962. ¿Y no fue, por otro lado, también Kennedy quien, con su decisión de enviar cada vez mayores contingentes de "consejeros" y "personal técnico" al Vietnam, embarcó en realidad a los Estados Unidos en aquel conflicto genocida?

Un liberal en la cresta de la ola conservadora

Pero acaso lo más singular de este resurgir del mito Kennedy sea la aparente contradicción entre la imagen liberal y socializante here-

dada por Ted de sus dos hermanos asesinados, y los vientos conservadores que hoy soplan con fuerza en el país.

Pues en un momento en que los impuestos son claramente impopulares (véase, si no, el éxito de la llamada "proposición 13"); los programas federales y todo lo que sueña a "big government" (Intromisión del Gobierno central en los asuntos locales) goza de mala prensa, y la "détende" está literalmente por los suelos, Kennedy propugna una aproximación a los soviéticos (ha votado sin embargos a favor del SALT II), es partidario de gravar con nuevos impuestos los beneficios más escandalosos de las empresas, y ha propuesto el lanzamiento de un costoso programa de sanidad a escala federal que abarque a toda la población, sin descuidar a los sectores tradicionalmente marginados.

Claro que Ted es un político hábil que sabe nadar perfectamente entre dos aguas. Porque el mismo tiempo que propone todo eso, busca contentar a los conservadores, abogando, entre otras cosas, por un mayor endurecimiento de las leyes,

modificando su primitivo programa de Seguridad Social para reducir su costo total e integrar en él a las compañías de seguros privadas que habían puesto el grito en el cielo, o propugnando importantes concesiones liberalizadoras destinadas tanto a los transportistas como a la industria aeronáutica.

Al fondo, la Trilateral

A mediados de la semana pasada, Carter iba a anunciar por fin oficialmente, por medio de su portavoz Jody Powell, que se presentaría a la reelección en 1980. El Presidente quiere, evidentemente, ganar tiempo. Kennedy, que puede, por el contrario, permitirse el lujo de esperar, anunciarla también, uno o dos días después la próxima creación de un comité exploratorio con vistas a su posible candidatura.

Algunos demócratas próximos a Carter parecen ya preocupados por la división del partido, que acabará —dicen— dando el triunfo a los republicanos en 1980. ¿Cómo van, sin embargo, a permanecer cruzados de brazos los hombres de la Trilateral (la cual —dicho sea de paso—, en el reciente y polémico reajuste ministerial de Carter se apuntó, entre bastidores, un importante tanto al conseguir que el Presidente nombrara a dos de sus peones, Miller y Volcker, para los puestos clave de secretario del Tesoro y presidente de la Reserva Federal); cómo van a esperar inactivos los multilaterallistas una casi segura derrota de su otrora favorito, Carter, frente a un fervoroso proteccionista como Connally o Reagan? (2).

Y algo parecido cabe decir de los principales líderes sindicales de la AFL-CIO (13,5 millones de afiliados), que hace ya tiempo que comenzaron a distanciarse del político de Georgia para poder ofrecer su apoyo a algún otro candidato más prometedor. (No olvidemos que el hombre fuerte de la AFL-CIO, Lane Kirkland, tesorero y seguro sucesor de George Meany, actual presidente, es también hombre de la Comisión Trilateral. Y que a ella pertenecen otros dirigentes de esa organización.)

A sus cuarenta y siete años (su hermano Joseph tenía cuarenta y tres al ocupar la Casa Blanca, y Bob, esa misma edad, en el momento de caer asesinado), el veterano senador por Massachusetts, presidente del comité judicial del Senado y presidente del subcomité de Energía, Edward Moore Kennedy, puede estar prácticamente seguro de obtener la nominación de su partido. Y es que Carter no podía habérselo puesto más fácil. ■

(2) Consúltense el interesante trabajo de los profesores Thomas Ferguson, del MIT, y Joel Rogers, de Princeton, publicado bajo el título de "Un capitalismo dividido", en el número de septiembre de "Le Monde diplomatique".